

das á él; de carros de municiones, de pesados cañones de grueso calibre, de fardos de ricas telas, de cajas llenas de tejos de oro, de cadáveres y caballos muertos, en términos que sobre estos espantosos despojos se formó gradualmente un camino por el cual se podía pasar al otro lado (12). Dícese que Cortés encontró un lugar fácil de vadear, y que parándose allí, no obstante que la agua subía hasta las cinchas de su caballo, procuraba moderar la confusión y conducir á sus soldados por un paso seguro á la orilla opuesta; pero perdíase su voz en el bélico estruendo, y obligado al fin por la creciente de la agua, fué á unirse á la vanguardia con unos pocos fieles caballeros que permanecieron cerca de él, viendo antes tendido á sus piés á su paje favorito Juan de Salazar. Encontró á Sandoval y á sus compañeros detenidos en la tercera y última cortadura, procurando animar á sus soldados á que la salvaran; pero faltábales resolución para ello. Era ancha y profunda, aunque el paso no estaba tan defendido por el enemigo como los otros. Dieron otra vez ejemplo los gefes arrojándose al agua; y tanto la caballería como la infantería, los siguió según pudo, unos nadando y otros asidos con moribunda mano de las crines y colas de los caballos. Como había predicho el general, salieron mejor los que iban menos cargados, y fueron muchos los miserables que oprimidos con el peso del oro que amaban tanto, fueron sepultados con él en las saladas aguas del lago (13). Cortés, con sus valientes camaradas Olid, Morla, Sandoval y otros pocos, caminaban al frente, procurando sacar á sus desordenadas columnas de la fatal calzada. Minorábase con la distancia el estrépito del combate, cuando tuvieron noticia de que sería del todo derrotada la retaguardia si no se la socorria prontamente. Hacerlo casi parecía un acto de desesperación; pero el generoso corazón de los caballeros españoles, no se detenía en calcular el peligro cuando se les pedía auxilio. Volviendo la brida á sus caballos regresaron á galope al teatro de la acción, y abriéndose camino por la multitud, atravesaron á nado el foso y se dirigieron al punto en que era más comprometida la refriega (14).

(12) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

“Por la gran prisa que daban de ambas partes de el camino, comenzaron á caer en aquel foso, y cayeron juntos, que de españoles, que de indios y de caballos, y de cargas, el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagage quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 24.

(13) “É los que habían ido con Narvaez arrojáronse en la sala, é cargáronse de aquel oro é plata quanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la carga no los dejaba pelear, é los indios los tomaban vivos cargados; é á otros llevaban arrastrando, é á otros mataban allí. É así no se salvaron sino los desocupados é que iban en la delantera.” Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

(14) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 11.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

Los primeros fulgores de la mañana comenzaban entorces á reflejarse en las aguas, y alumbraban la espantosa escena que había cubierto la oscuridad de la noche. Veíanse las gruesas masas de combatientes luchando con tal furor, que la misma calzada parecía que temblaba, y que se movía de un lado á otro como si fuera sacudida por un terremoto; mientras que el fondo del lago hasta donde podía alcanzar la vista, estaba cubierto de canoas llenas de guerreros, cuyas lanzas y espadas con filosas hojas de obsidiana, brillaban á la luz de la mañana.

Encontraron los caballeros á Alvarado, desmontado y rodeado de un pequeño número de soldados, en encarnizada lucha con una multitud de enemigos que le agobiaban. Su brioso caballo, que le había conducido en tantos y tan sangrientos combates, había caído á sus piés (15). El mismo estaba herido en varias partes, y en vano procuraba reunir sus desordenadas tropas, llevadas hasta la orilla del canal por el furioso enemigo, que se hallaba entonces en posesión del resto de la calzada, donde á cada momento era reforzado por nuevos combatientes que venían de la ciudad. No había estado ociosa la artillería al principio del combate, pues atravesando las balas la calzada, habían dado muerte á centenares de enemigos; pero nada podía resistir á la impetuosidad de estos. Empujadas las primeras filas por las que venían atrás, se arrojaron sobre las piezas, y semejantes á un torrente arrebataron cuanto encontraron al paso, hombres y cañones. El impetuoso ataque de los caballeros españoles que llegaron entonces, produjo un cambio momentáneo y dió tiempo á sus compatriotas para hacer una débil resistencia; pero pronto fueron otra vez oprimidos por la nueva embestida del enemigo, viéndose obligados Cortés y sus compañeros á arrojarse otra vez al lago, aunque no todos escaparon. Detúvose Alvarado por un momento en el borde del canal, dudando de lo que haría. Desmontado como estaba, echarse también al agua cuando una multitud de canoas enemigas bogaban en el canal, no ofrecía sino una esperanza muy remota de salvación. Solo tenía un instante para resolverse. Pero era hombre de robusta constitución, y la grandeza del peligro le dió una fuerza sobrenatural. Apoyando fuertemente su larga lanza en los escombros que llenaban el canal, y haciendo todo el esfuerzo que pudo, lo salvó de un salto. Admirados los aztecas y tlascaltecas con esta hazaña increíble, exclamaron: „¡Este es verdaderamente el *tonatiuh*, el hijo del sol!” (16).

(15) „Luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano á pie, que la yegua alazana ya se la habían muerto.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(16) „Y los amigos vista tan gran hazaña quedaron maravillados, y al instante que esto vieron se arrojaron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heroico, espantable y raro, que ellos no habían visto hacer á ningun hombre, y así adoraron al Sol, comiendo puñados de tierra, arrancando yerbas del campo, diciendo á grandes voces, verdaderamente que este hombre es *hijo del Sol*.” (Camargo, Hist. de Tlascala, MS.) Este escritor vió el proceso instruido por los herederos de Alvarado,

No se dice el ancho de la zanja; pero era tan grande, que el valiente capitán Díaz que se acordaba muy bien de ella, dice que era imposible salvarla (17); y otros escritores contemporáneos no niegan esta proeza (18). Era indudablemente una creencia popular en aquella época: ahora es sabida de todos los habitantes de la capital; y el nombre de Salto de Alvarado que lleva el lugar, recuerda un hecho que rivaliza con los de los semidioses de la fábula griega (19).

Entonces se pusieron Cortés y sus compañeros al frente de las tropas, que en confusa y desordenada marcha iban saliendo de la fatal calzada. Pocos de los enemigos les picaban la retaguardia, ó les dirigian algunas descargas de flechas desde el lago. Por fortuna de los españoles, distrajo la atención de los aztecas, el rico despojo que se hallaba sembrado en el campo de batalla, pues si hubieran continuado persiguiéndolos con el mismo encarnizamiento con que comenzaron, hubieran sin duda perecido todos los cristianos por la triste situación en que se encontraban; pero poco molestados, pudieron desfilarse por la inmediata aldea, ó mas bien suburbios de Popotla (20).

Allí bajó el comandante español de su fatigado caballo, y sentándose en los escalones de un templo indio, dirigió tristemente la vista sobre las destrozadas

en el cual hacian valer los méritos de su antecesor, segun estaban atestiguados por los mas valerosos capitanes de la nación tlascalteca que concurrieron á la conquista. Puede ser que el famoso salto se encontrara entre estos méritos de que habla el historiador. El Barón Humboldt, citando á Camargo, así lo asegura. (Essai Politique, tom. II, p. 75.) Esta autoridad probaria mas que cualquiera otra el hecho; pero no me parece que el lenguaje de Camargo autoriza tal consecuencia.

(17) „Se llama ahora la puente del Salto de Alvarado: y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razón, ni soltura de un hombre que tal saltase.” Hist. de la conquista, cap. 128.

(18) Gomara, Crónica, cap. 109.—Camargo, *Ibid.*, ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Sin embargo, este último confiesa francamente, que muchos que habian visto el lugar declararon que les parecia imposible. „Fué tan extremado de grande el salto, que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ninguno hombre humano. En fin él lo saltó é ganó por ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban.”

(19) Todavía se enseña á los viajeros, y es donde se atraviesa una zanja no muy ancha, por un pequeño puente no lejos de la extremidad occidental de la Alameda. Como que el lugar recibió su nombre en tiempo de Alvarado, no es creible que esto le hubiera disgustado; pero puesto, que aunque parece muy extraño, no se expresa la extensión del salto, no puede juzgar el lector por sí mismo sobre la probabilidad de darlo.

(20) „Fué Dios servido de que los mejicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos, y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagage, y de sacar los muertos de aquel acequia, y á los caballos y otros bestias. Y por esto no siguiéron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 25.

columnas que marchaban delante de él. ¡Qué espectáculo presentaban! La caballería en su mayor parte desmontada, iba mezclada con la infantería, que arrastraba con dificultad sus cansados miembros. Las despedazadas cotas y raidos vestidos chorreando agua salada, mostraban al traves de sus roturas muchas contusiones y profundas heridas. Sucias sus brillantes armas, rotas sus lucidas cimbras y pendones, perdidos para siempre los bagajes y la artillería, en una palabra, faltos de todo lo que constituye el orgullo y trofeos de una gloriosa guerra. Al mirar Cortés aquellas escasas y desordenadas filas, buscaba en vano muchos amigos, y echó de menos á mas de un valiente que le habia acompañado en todos los peligros de la conquista. Aunque acostumbrado á contener sus emociones, ó al menos á ocultarlas, aquel espectáculo era superior á sus fuerzas. Cubrióse el rostro con las manos, y las lágrimas que rodaban por sus mejillas daban á conocer claramente las angustias de su alma (21).

Encontró, sin embargo, algun consuelo en ver á varios de los hidalgos en quienes mas confiaba. Alvarado, Sandoval, Olid, Ordaz, Avila, se habian salvado. Tuvo tambien la inexplicable satisfacción de saber habia sucedido lo mismo á la intérprete india Marina, que le era á él tan cara y tan importante al ejército. Ella y una hija de cierto gefe tlascalteca, habian sido confiadas al cuidado de varios guerreros de esta nación. Por fortuna la habian colocado en la vanguardia, y su fiel escolta la habia libertado de todos los peligros de la noche. Tambien habia escapado el otro intérprete Aguilar; y no con menos satisfacción supo Cortés que igual ventura habia tenido el hábil carpintero, Martín Lopez (22). El cuidado del general por la suerte de este hombre, que tan indispensable probó ser al buen suceso de las subsiguientes operaciones, da á conocer, que en medio de la aflicción su indomable espíritu preparaba ya la hora de la venganza.

Entre tanto, llegó el ejército á la vecina ciudad de Tlacopan, (*Tacuba*) en un tiempo capital de un señorío independiente. Hizo alto en la gran calle, como vacilante y enteramente incierto del camino que habia de seguir, semejante á un tímido ciervo que va huyendo de los cazadores, y que resonando todavía en sus oidos el ladrido de los perros de caza y el toque de la bocina, mira espantado en rededor suyo buscando algun valle ó bosque en que ocultarse. Cortés, que habia montado apresuradamente y puéstose otra vez á la cabeza del ejército, conoció el peligro de permanecer en una ciudad, donde con muy pequeño riesgo podian los habitantes atacar ventajosamente á las tropas desde las azoteas. Siguiendo pues adelante las condujo al campo, donde las reorganizó y medio ordenó (23).

(21) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 89.—Gomara, Crónica, cap. 109.

(22) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 12.

(23) “Tacuba,” dice el instruido viajero, Latrobe, “está situada al pié de los cerros:

A no mucha distancia hacia la izquierda, levantábase una eminencia mirando á una cadena de montañas que cercaba el valle por la parte del oeste. Llamábase el cerro de Otoncalpolco, y algunas veces de Montezuma (24). Coronábalo un *teocalli*, cuyo atrio ocupaba un grande espacio, y por su posición que dominaba las llanuras inmediatas, ofrecia un seguro lugar de refugio á las fatigadas tropas; pero acobardadas estas con las últimas desgracias, parecían por entonces incapaces de emprender una nueva acción, y el punto estaba defendido por un cuerpo de guerreros indios. Conoció Cortés la necesidad de desalojarlos si queria salvar los restos de su ejército, y el resultado mostró que aun tenia sobre ellos una influencia mayor que la que ejercian las circunstancias. Ayudado de sus valientes capitanes, logró infundir á los mas tímidos una chispa de su intrépido brio, y puesto á su cabeza comenzó á subir al templo, sin arredrarle la presencia del enemigo, que opuso poca resistencia, y que despues de una débil descarga de flechas que hizo pocos estragos, dejó el campo á los españoles.

Era el edificio de un tamaño considerable, y proporcionaba lugar bastante para el disminuido ejército de los cristianos. Allí encontraron algunas provisiones, y aun dícese, que recibieron otras de algunas aldeas inmediatas de otomíes. Habia tambien en los patios gran cantidad de leña destinada á usos religiosos. Con ella encendieron luminarias para secar sus empapados vestidos, y despues se ocuparon en curarse recíprocamente sus heridas, que se habian agravado y vuelto sumamente dolorosas por la falta de abrigo y por las fatigas del viaje. Descansando así un poco, se tendieron en el atrio y pavimento del templo, y pronto consiguieron olvidar momentáneamente sus males, consuelo que pocas veces niega la naturaleza en medio de las mayores desgracias (25).

Habia uno sin embargo, que bien puede creerse no cerró tan pronto sus párpados. ¡Qué tristes pensamientos debieron ocupar la mente del general, al ver los míseros restos de su ejército reunidos en tan despreciable alojamiento. ¡Esto era todo lo que quedaba de las brillantes columnas con que pocas semanas antes habia entrado en la capital de Méjico! ¡Qué se habian hecho sus dorados ensueños de conquista y poder? ¡Qué otra cosa era sino un miserable aventurero, á quien la mano del desprecio señalaria como á un

y hoy es notable por la grande y noble iglesia que erigió allí Cortés; y á poca distancia se advierten las señales de un campamento español. No aventuro la opinión; pero por la coincidencia puede creerse que esta fué la misma posición elegida por Cortés para fortificarse despues de la retirada de que se ha hablado, y antes de comenzar su penosa marcha para Otumba." (Rambler, in Mexico, letter 5.) De nuestro texto se infiere que no pudo levantar aquí fortificación ninguna, al menos cuando se retiró de la capital.

(24) Lorenzana, Viaje, p. XIII.

(25) Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 24.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 89.

hombre sin juicio? Por cualquiera parte que dirigia la vista se le presentaba el horizonte igualmente triste, y apenas podia distinguir un punto luminoso que le ofreciera esperanza. Faltábale que hacer un penoso viaje por peligrosos é ignorados caminos, y con guias de cuya fidelidad no podia estar muy seguro. ¿Y cómo podia confiar en el acogimiento que se le haria en Tlascala, á cuyo lugar se encaminaba, siendo la tierra de sus antiguos enemigos, y cuando antes como conquistador, y ahora como amigo, habia llevado la desolación y el luto á cada una de las familias que la habitaban?

Pero estas tristes y amargas reflexiones que habrian abatido á una alma vulgar, no tuvieron poder sobre la de Cortés, ó mejor dicho, solo sirvieron para excitar su energía y avivar sus percepciones, de la misma manera, que el combate de los elementos purifica y da elasticidad á la atmósfera. Miraba con ojos serenos los pasados reveses, y confiando en sus propias fuerzas, distinguia en la oscuridad una luz de esperanza que se ocultaba á los demas. Aun en los miserables restos que veia á su rededor, semejantes en su macilento aspecto y pobre atavío á una horda de famélicos proscritos, descubria los elementos con que debia volver á levantar su arruinada fortuna. En los mismos momentos de la derrota y universal temor, su alma heroica meditaba el plan de operaciones que despues siguió con tan imperturbable constancia.

Respecto de la pérdida que sufrieron los españoles en esta noche fatal así como sobre los demas sucesos de la conquista, hay gran diversidad de opiniones. Si damos crédito á la carta de Cortés, no pasó de ciento cincuenta españoles, y dos mil indios; mas los boletines del general, aunque hacian justicia á las dificultades que habia tenido que superar, no eran muy exactos en cuanto á los medios de que se habia valido, ó á las pérdidas que habia sufrido. Juan Cano, uno de los caballeros que componian el ejército, estima el número de muertos en mil ciento setenta españoles, y ocho mil aliados; pero este número es mayor que el del ejército entero. Acaso nos acercariamos mas á la verdad, adoptando la computación de Gomara, capellan de Cortés, y que no solo pudo consultar los papeles de éste, sino otros documentos auténticos. Segun él, quedaron fuera de combate, cuatrocientos cincuenta cristianos y cuatro mil aliados. Esta pérdida, y la sufrida en los encuentros de la semana anterior, debió reducir á los castellanos á un poco mas de un tercio, y á los aliados á la cuarta, ó tal vez, quinta parte de la fuerza con que entraron á la capital (26). La retaguardia sufrió lo mas reñido de

(26) La tabla siguiente, dará una idea de la diversidad de los cálculos numéricos aun entre los testigos presenciales y los escritores, que habiendo tratado con los actores de aquellas escenas, merecen igual crédito.

Cortés, en Lorenzana, p. 145,	150	españoles,	2.000	indios muertos y dispersos.
Cano, en Oviedo, lib. 33, cap. 54,	1.170	"	8.000	" " "
Probanza, &c.	200	"	2.000	" " "
Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33,				
cap. 13,	150	"	2.000	" " "

la acción, y por lo mismo pocos de los que la componían escaparon. Formábanla principalmente los soldados de Narvaez, que en cierto modo fueron víctimas de su codicia (27). Murieron cuarenta y seis de caballería, que juntos con los que antes habían sucumbido, redujeron el número de esta arma á veintitres, y algunos de ellos en la mas triste situación. La mayor parte del tesoro, los bagajes y los papeles del general, entre los cuales iba un diario minucioso de sus operaciones desde que dejó á Cuba, cuyos documentos hubieran sido, al menos para la posteridad, de mayor valor que el oro, quedaron sepultados en las aguas (28). Las municiones, el hermoso tren de artillería con que habían entrado á la ciudad, todo había perecido. No tenían un solo mosquete, pues los habían arrojado los soldados, queriendo desembarazarse de todo lo que pudiera retardar su fuga en aquella desastrosa noche. En una palabra, nada quedó de su aparato militar, sino sus espadas, sus maltratados caballos, y unos pocos de descompuestos arcabuces y ballestas, bastantes para dar á conocer la superioridad del europeo sobre el rudo azteca.

Camargo,	450	“	4,000	“	“	“
Gomara, cap. 109,	450	“	4,000	“	“	“
Ixtlilxochitl, Hist. chich., cap. 88,	450	“	4,000	“	“	“
Sahagun, lib. 12, cap. 24,	300	“	2,000	“	“	“
Herrera, déc. 2, lib. 10, cap. 12,	150	“	4,000	“	“	“

Bernal Diaz, no se toma el trabajo de ser consecuente consigo mismo. Despues de decir que la retaguardia, la cual sufrió la mayor pérdida, se componia de ciento, veinte hombres, en el mismo párrafo agrega que de éstos murieron ciento cincuenta, cuyo número aumenta á doscientos unas pocas líneas mas adelante. Hist. de la conquista cap. 128.

Cano comprende, es verdad, en su cálculo aquellos, que aunque pocos en número comparativamente hablando, perecieron despues en la marcha. Este mismo autor afirma que doscientos setenta de la guarnición, ignorantes de la partida de sus compatriotas, fueron abandonados pérfidamente en el palacio de Axayacatl, donde aunque se rindieron bajo ciertas garantías, fueron despues sacrificados por los aztecas. (Véase el Apéndice, parte segunda, número 11.) La inverosimilitud de esta monstruosa anécdota, segun la cual, el ejército con todos sus bagajes pudo evacuar la ciudadela sin conocimiento de sus camaradas, y esto debe añadirse, en circunstancias en que era tan importante la cooperacion de cada soldado, es demasiado manifiesta para que sea necesario refutarla. Herrera refiere lo que es mucho mas probable, á saber: que Cortés dió orden muy especial al capitán Ojeda, de que cuidase no se fuera á quedar olvidado en los cuarteles por la violencia de la marcha alguno de los que estaban durmiendo ó heridos. Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 11.

(27) “Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron, cargados de oro.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(28) Segun Diaz, parte del oro confiado al convoy tlascalteca se salvó. (Hist. de la conquista cap. 136.) Del documento citado, Probanza de Villa Segura, MS., aparece que el tesoro iba confiado á una guardia de castellanos,

Todos los prisioneros, entre los cuales estaban los hijos de Montezuma y el cacique de Tezcuco, perecieron, segun se dice, á manos de sus ignorantes compatriotas en el ciego furor del ataque. Hubo tambien entre los españoles algunas personas de consideracion, cuyos nombres se inscribieron en este sangriento catálogo. Uno de ellos fué Francisco de Morla, que murió al lado de Cortés, cuando volvía al auxilio de sus camaradas. Pero la pérdida mas lamentable fué la de Juan Velazquez de Leon, que en union de Alvarado mandaba la retaguardia. Fué esta en aquella noche el puesto de mayor peligro, y aquel capitán murió defendiéndolo con valor al principio de la retirada. Era un excelente oficial, y poseia muy relevantes cualidades, aunque algo altivo por ser uno de los caballeros mejor relacionados en el ejército. Siendo pariente cercano del gobernador de Cuba, veia al principio con frialdad las empresas de Cortés; pero bien por conviccion de que este habia sido tratado injustamente, ó bien por la preferencia que le daba, fué despues celosamente adicto á su gefe. Recompensóle éste con una generosa confianza, confiriéndole un mando separado é independiente, que mal desempeñado ó abusando de él, hubiera sido fatal á la expedicion. Velazquez se mostró digno de esa confianza; y no habia caballero en el ejército, con excepcion tal vez de Sandoval y Alvarado, cuya pérdida hubiera sido mas profundamente deplorada por el general. ¡Tales fueron las desastrosas consecuencias del terrible paso de la calzada, mas fatales que las ocasionadas por cuantos otros reveses habian empañado el brillo de las armas españolas en el Nuevo mundo, y que han señalado en los anales de la nacion la noche en que acontecieron, con el nombre de *noche triste* (29).

(29) Gomara, Crónica, cap. 109.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Probanza en la Villa Segura, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.